

Carlos Droguett: El escepticismo al poder

POR ROBERTO CONTRERAS



En literatura, como en la vida, distinguimos a tres tipos de personajes: los aventureros, los triunfadores y los derrotistas. Los primeros son aquellos que siempre emprenden algún viaje; los segundos, los que se empeñan en un ciego objetivo, seguros de conseguirlo, aun cuando para el común de los mortales parezca un imposible; y por último, están los derrotistas, quienes negados a reconocer cualquier atisbo de optimismo, se aferran a la duda como pulso de sus vidas. Les resulte o no vivirla, pero teniendo un solo consuelo: no haberse embebido en conquistarla, en dejarse atrapar, porque nunca esperaron nada de ella, justamente, porque ella nunca les prometió nada. A esa ralea perteneció, como escritor y como hombre, Carlos Droguett (Chile, 1912-Suiza, 1996). A la de los malagradecidos.

El escritor free lance desde los 20 años en Hoy, La Nación, La Hora, Extra, Mensaje, donde pasó sus primeros cuentos y ácidas columnas, "Patero y yo"; "Quién es y cómo es" y "El cementerio de los elefantes", sacando roncadas a la pléyade de políticos, escritores y editores de su época, luego de abandonar Derecho, ad portas de su tesis sobre abusos coloniales. Le siguió una saga de novelas históricas, sociales y existenciales, que fueron ahondando en la condición humana, al tomar con su singular estilo narrativo al hombre como gran protagonista de sus textos. Páginas donde crimen, traición, desengaño, memoria y soledad, reventadas de sendas oleadas de sangre, forjaron una de las obras literarias nacionales más completas y que sólo recién se apronta a ser recuperada. A un tiempo en que Eloy pasó a convertirse en lectura complementaria en los liceos y en

2001 al fin consiguió editarse su polémica novela Matar a los viejos, censurada incluso en España por su dedicación: A Salvador Allende, asesinado el martes 11 de septiembre de 1973 por Augusto Pinochet Ugarte, José Toribio Merino Castro, Gustavo Leigh Guzmán y César Mendoza Durán.

IMÁGENES PARA UN OBITUARIO

"Un muerto es siempre un pretexto para tanta cosa", advertía el narrador de un cuento de infancia. Entonces, sin saber la vigencia que cobraba su sentencia en este sombrío pasillo con vista al mar, sembrado de compatriotas desaparecidos, esparcidos, arrancados de nuestras vidas. Inciertos en poder mirarse con tranquilidad en el recuerdo, pues la memoria de los muertos siempre ha sido un resabio de las culpas. Alguien muere y lo primero es (re)volcarse en impresiones y semblanzas —ejercicio tan dado entre intelectuales— que intentan reconstruir al personaje. ¿Qué pasó hace algunas



respuesta a su cara mutilada y dedos desencajados, la cruenta primavera del 73? ¿Cuál es esa justicia reponedora con forma de memorabilia...? ¿Cuál?

Una primera imagen, entonces, es la de Carlos Droguett escribiendo compulsivamente, pero salvo por un detalle distinto a sus camaradas real socialistas, real costumbristas, real sensacionalistas. Cual vendedor de café, llevando colgada con grandes corneas desde sus hombros la Underwood, tedeando sin parar hasta escupir en un solo mes Patas de perro y en apenas una semana su colosal Eloy. Un cuadro exacto para comprender que esa obsesiva entrega fue la que le hizo encarnar, al dedillo, a ese utópico intelectual enarbolado por Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa y acaso algún Fuentes y Donoso de los comienzos, cuando Latinoamérica era auspiciada por la mano primer mundista, hace algo más de tres décadas. La expresión del hombre nuevo tomada en escritor comprometido. "Creo profundamente que sólo hay literatura comprometida. Para mí, la literatura es un acto total que interesa al cuerpo y al espíritu del escritor, en términos teológicos, como un sacramento; en términos psicológicos, como un suicidio. Yo soy un pasional y mi pasión es la literatura. Para tipos como yo escribí León Eloy estas palabras memorables: 'Si los que recibieron la investidura de la palabra se callan, ¿quién hablará por los mudos, por los oprimidos y los débiles? El escritor que no escribe por la justicia es un despojado de los débiles, un ladrón'".

El siguiente cuadro dibuja su busto y dos enormes brazos, con apapientos, aquilando su tallo de polémico, de denso, de viejo de mierda. Habla pestes del Premio Nacional de Literatura que le otorgaron en 1970, pero que al final aceptó (20 mil escudos) sólo porque necesitaba la plata: "El Premio Nacional es malo porque nada agrega a la difusión de nuestra literatura y nada hace por conservar la vida útil de nuestros auténticos creadores. En este país, donde hay más pergenios que genios, no debiera darse de ninguna manera anualmente, sino cada tres o cinco años y por un monto que, por lo menos, permitiera al escritor vivir el resto de su vida sin penurias ni sobresaltos. (Se justifica un Premio Nacional que ha ignorado sistemáticamente a reales valores, como Vicente Huidobro y Nicomedes Guzmán, mientras se premiaba a poetas y novelistas de cuarta categoría. Hay que darle una cuantía digna para evitar que los escritores mueran en la miseria en una cama de hospital, como Acevedo Hernández y Nicomedes Guzmán, o suicidados, como Edwards Bello y De Rokha".

La tercera imagen es un Droguett en pie de guerra, dando una lapidaria mirada a la literatura del 70, con una vigencia que sólo hace aflorar ciertos cojones ajenos a nuestros días: "Opino que la literatura chilena, y en esto también me incluyo en la parte que me corresponde, es frívola, espiritualmente pequeña, irresponsable; no tiene garra, no tiene coraje, no tiene imaginación, profundidad ni estilo; vive de espaldas a la realidad chilena, no sólo la realidad histórica, sino también la realidad no escrita, desgraciadamente no escrita".

El último plano es notable, pero patético. Es Droguett después de 20 años de exilio, rodando escaleras abajo, en cámara lenta, de visita en la casa de Arthur Conan Doyle, para morir a los días de una embolia pulmonar derivada de aquel accidente en las proximidades de Berna, Suiza, lugar donde residió sus últimos años de gelido silencio. Ese 30 de julio de 1996, sorpresa mayúscula en Chile, ya que hasta ese momento se le daba por muerto. Entonces, como lapida: "En un país de pusilánimes y genuflexos no es raro que yo tenga fama de escritor agresivo". O de resentido, como también se moteja a los conflictivos, a esos necios que siempre se conjuran —sepa uno cómo— a celebrar su fiesta de mala gradecidos, como si fuera lo último que les queda: acufar su escepticismo moral de bolsillo como signo de vitalidad. A veces (casi) eternas como un grito devenido en obituario.

El escepticismo al poder [artículo] Roberto Contreras.

Libros y documentos

AUTORÍA

Contreras, Roberto, 1975-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El escepticismo al poder [artículo] Roberto Contreras. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile